

¿POR QUÉ LA LITURGIA NO LLEGA AL PUEBLO?

Pese a que la reforma litúrgica del Vaticano II se aplicó en todas partes con entusiasmo, aunque no sin reticencias e incluso con oposición por parte de grupos aislados ultraconservadores, hay que reconocer que ha cundido una especie de cansancio y desilusión entre los fieles y que la rutina ha hecho mella en muchas comunidades. ¿A qué se debe ese cambio de situación? ¿Por qué, a pesar de la introducción de las lenguas vernáculas y de la renovación de los textos, la liturgia no llega al pueblo? No está de más analizar por qué se ha llegado a esta situación. Pero, en todo caso, no todo son sombras en el panorama actual de la liturgia. También hay signos de esperanza.

¿Por qué la liturgia no llega al pueblo? Razón y Fe 236 (1997) 239-243

En la Iglesia posconciliar se advierte una cierta insatisfacción cultural. El número de fieles que asisten a las celebraciones ha descendido. Existe un «malestar sacramental» entre laicos que optan por el compromiso sociopolítico. Y sacerdotes con vocación evangelizadora se niegan a ser únicamente ministros del sacramento. A pesar de que la liturgia es fomentada a todos los niveles y cuenta con un despliegue inusitado de publicaciones, no llega a todo el pueblo.

Para responder a la cuestión planteada expondré cuál era la situación antes del Vaticano II, qué dificultades encontró la aplicación de la reforma durante el posconcilio y finalmente cómo podemos lograr hoy que la liturgia llegue al pueblo lo más posible.

Deficiencias heredadas

Desde los comienzos de la edad media hasta el umbral del siglo XX

el pueblo cristiano asistía masivamente a la Misa dominical, pero sólo comulgaba tres o cuatro veces al año. Muchos bautizados se limitaban a confesar y comulgar por Pascua. Motivos: exceso de culpabilidad, exigencia previa de la confesión, abstinencia conyugal antes de comulgar, desconocimiento del latín, etc.

Durante los años previos al Concilio la asistencia a la Misa dominical era relativamente alta. Pero la mayoría eran mujeres, escaseaban los adolescentes y jóvenes y eran menos los que se acercaban a comulgar.

La formación que recibía el pueblo cristiano era la de un *catecismo* basado en la teología simplificada de los manuales escolásticos sin conexiones con la vida concreta y poniendo el acento en las obligaciones concretas y en las exigencias de una vida en gracia para comulgar. Al *celebrante* se le exigía el cumplimiento metódico del rito.

La Eucaristía se celebraba de espaldas al pueblo en una lengua muerta. Consecuencia: la masa de fieles no escuchó la palabra de Dios ni participó activamente en la liturgia. La traducción latina de la *Vulgata* y las restricciones impuestas a la lectura de la Escritura dificultaron enormemente la formación bíblica. El catecismo suplía a la Biblia y los devocionarios suplantaban a la liturgia.

Desde el Concilio de Trento hasta el Vaticano II el catolicismo ha sido básicamente una religión sacramental y devocional. Pero, además, el significado del sacramento ha sido desfigurado. Al ser percibidos como meros ritos religiosos, los sacramentos han adquirido un cierto carácter mágico. Se los ha entendido como «instrumentos de la gracia» —cosas que se reciben— y no como acciones litúrgicas que se celebran, se viven y se experimentan. Incluso se han convertido a veces en ceremonias sociales o familiares que dan solemnidad a ciertos momentos de la vida.

La liturgia preconiliar, fijada hasta el más mínimo detalle, sin posibilidad de cambiar nada, en una lengua ininteligible para el pueblo, sin la participación de los fieles e incluso sin su presencia, respondía a un culto sagrado intemporal y clerical. No es de extrañar que todavía hoy cueste que los laicos se interesen por la liturgia.

En resumen: durante siglos la liturgia ha vivido divorciada de la exigencia comunitaria, de la piedad popular, del mundo sociopolítico y de la cultura. Las ceremonias de la Iglesia iban por un lado y la piedad

de los fieles por otro.

Dificultades posconciliares

La reforma litúrgica pretendió atajar las deficiencias heredadas. Inmediatamente después del Concilio hubo una primera etapa de *entusiasmo*. Se puso el acento en el misterio pascual, creció la participación de los fieles, aparecieron las «liturgias domésticas» y se dignificó el culto. Como contrapartida, faltó preparación litúrgica y bíblica, hubo una inflación de la palabra y los signos se simplificaron en exceso. La gran dificultad ha sido la homilía.

Con la edición de los nuevos libros litúrgicos en la década de los setenta llegó la época del *desencanto*, que coincidió con el despertar político, el despliegue de la secularización y la crisis de los sacerdotes y de algunos movimientos apostólicos. Al constatar que la liturgia no resolvía los problemas de fondo, la vivencia cristiana se volcó hacia el compromiso socio-político y el testimonio de vida.

Con la década de los ochenta entramos en una nueva etapa: la del *estancamiento* y la *recuperación*. Hoy perdura el contencioso, no resuelto todavía, entre los «restauracionistas» que, añorando el latín y el gregoriano, desearían volver a la liturgia preconiliar, y los «reformadores» que quieren avanzar en la línea del Concilio, insistiendo en las exigencias comunitarias, el dinamismo de lo social y la necesidad de la inculturación. El pueblo se halla desconcertado y perplejo entre el retorno imposible a lo pasado y la parálisis de la renovación conciliar.

En los años posconciliares se advierte un descenso de la práctica religiosa. Razones: al implantarse en la sociedad la libertad religiosa proclamada por el Concilio, se ha hecho menos rígida la conciencia de la obligación de la misa dominical; y han influido los fenómenos típicos de las *sociedades abiertas*, como son la importancia de los medios de comunicación, el crecimiento de la urbanización, la emigración y el turismo, la aparición de la sociedad de consumo, etc. Pero la crisis no es uniforme. Se nota sobre todo en determinados sectores y en la juventud. Y esto por los cambios culturales, el desplazamiento que padece la religión y la purificación de la fe en el interior de la Iglesia.

Con la reforma conciliar las celebraciones han mejorado, en general. Pero hay mayoría de mujeres (los dos tercios), predominan las personas de edad (de cinco asistentes, un joven) y el estilo se ha estancado en una mediocre rutina.

Caminos de recuperación

Pese a todo, se observa una recuperación selectiva de la sacramentalidad, que afecta a comunidades cristianas y movimientos eclesiales, en los que la reforma litúrgica ha conseguido una mayor y mejor participación. El uso de la lengua del pueblo, la lectura más calificada y abundante de la palabra de Dios, la incorporación de silencios, la introducción de la oración de los fieles, de moniciones y de nuevos cantos son otros tantos factores que han contribuido a lograr una celebración más participada, más comunitaria y más viva. Con la disminución de las

presiones externas se ha alcanzado un mayor nivel de autenticidad. El descenso numérico no es totalmente negativo. Aunque sea arrastrando algunos valores estimables, lo que se ha venido abajo es todo un sistema cultural insostenible.

Cuando la liturgia adquiere caracteres populares, o sea, cuando entra por los cinco sentidos en un clima celebrativo cálido y espontáneo, la asistencia de fieles es hoy masiva. Así ocurre, por ej., la noche de Navidad, en la procesión de luminarias de la Candelaria, el domingo de ramos, en la adoración de la cruz el viernes santo, en el lucernario de la vigilia pascual e incluso en las subidas gozosas, con la comida, a una ermita. Esto nos indica que hemos de tomar en serio los símbolos y los gestos corporales. En el fondo es más fácil popularizar la liturgia que evangelizar con la liturgia el catolicismo popular.

No olvidemos que, sin experiencia de Dios, la liturgia está muerta. Hay que fomentar una experiencia religiosa popular mediante un lenguaje transparente y signos que hablen por sí mismos. Hay que usar todos los medios: lecturas bíblicas con introducciones y textos actuales de calidad, cantos y audiciones musicales que calen hondo, oraciones profundamente sentidas, silencios sonoros, ritmos que alternen momentos tensos con espacios de relajación. La liturgia no se improvisa. Hay que prepararla en grupo y realizarla entre todos. Sólo así se logra su objetivo: «la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios» (S.C. n.º 10).

Condensó: ENRIQUE ROSÉS